

ERASMO DE RÓTERDAM

LAMENTO DE LA PAZ

TRADUCCIÓN DEL LATÍN  
DE EDUARDO GIL BERA

BARCELONA 2020



ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Querela pacis undique  
gentium ejectæ profligatæque*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© de la traducción, 2020 by Eduardo Gil Bera  
© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de esta traducción:  
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, fragmento de *El sentido de la vista* (1895),  
de Annie Louisa Swynnerton

ISBN: 978-84-17902-06-3  
DEPÓSITO LEGAL: B. 6114-2020

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2020*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

ERASMO DE RÓTERDAM SALUDA A FELIPE,  
ILUSTRÍSIMO SEÑOR OBISPO DE UTRECHT.<sup>1</sup>

Os felicitaría, Felipe, venerable obispo, no menos ilustre por las virtudes de vuestra vida que por la evocación de vuestros antepasados ducales, ya que habéis sido distinguido con tan alto honor, si no supiera con qué disgusto lo aceptasteis, y cuánto os costó acatar la autoridad de nuestro ilustre príncipe Carlos, pariente vuestro,<sup>2</sup> demasiado apreciado, no obstante, para no corresponder a su benevolencia.

Por otra parte, esa misma actitud nos infunde la más cierta esperanza de que desempeñaréis el cargo espléndidamente, pues Platón, varón de juicio sobremanera exquisito y enteramente di-

<sup>1</sup> Felipe de Borgoña (1464-1524), nombrado obispo de Utrecht en 1517, cuando todavía era laico. (*Todas las notas son del traductor*).

<sup>2</sup> Carlos I de Austria (1500-1558), duque de Borgoña y Flandes, rey de España desde 1506 y emperador de Alemania desde 1519.

vino, consideraba que los más idóneos para el gobierno eran aquellos que lo asumen contra su voluntad.<sup>1</sup> Y todavía crece nuestra confianza en vos al recordar a qué hermano sucedéis y de qué padre descendéis ambos. Vuestro hermano David<sup>2</sup> era un gentilhomme erudito y prudente, y ocupó durante muchos años vuestro puesto acrecentando con su propia virtud el esplendor y prestigio de un cargo de por sí glorioso. Admirable por muchos motivos, fue sobre todo providencial para el gobierno por la consideración suprema en que tenía la paz pública. Y en ello seguía el ejemplo de vuestro padre el duque Felipe de Borgoña,<sup>3</sup> hombre excelente en todo, más ilustre si cabe por su ejercicio de la paz, por el que siempre será recordado, extremo en el que deberíais seguir su ejemplo e imitarlo no sólo como hijo sino también como par.

Vuestra prudencia hace tiempo que comprendió qué espera de vos el pueblo. Una triple carga descansa sobre vuestros hombros: el ejemplo

<sup>1</sup> *República*, I, 347c.

<sup>2</sup> Hermano mayor de Felipe y su antecesor en el obispado de Utrecht. Ordenó sacerdote a Erasmo en 1492.

<sup>3</sup> Felipe III (1396-1467), llamado «el Bueno», duque de Borgoña y señor de los Países Bajos.

de vuestro padre, el de vuestro hermano y la fatalidad de nuestra época, de algún modo abocada—¿cómo definirlo de otro modo?—a la guerra. No hace mucho hemos visto a ciertos personajes, más nefastos para los amigos que para los enemigos, empeñados en impedir por todos los medios la deseada conclusión de las hostilidades. Y también hemos visto cuánto les ha costado a otros, sinceramente interesados en la suerte del Estado y del soberano, hacernos entender que la paz con los franceses, siempre deseable, es en estos momentos absolutamente imprescindible. La indignidad de semejante episodio ha conmovido mi ánimo y me ha empujado a escribir este *Lamento de la paz amenazada en todas partes*, al menos para resarcir y calmar el legítimo sufrimiento de mi ánimo. Os dedico este pequeño tratado como el debido homenaje al nuevo obispo, y para que vuestra excelencia cultive la paz a cualquier precio, pues no puedo resignarme a la idea de que olvidemos cuánto nos costó establecerla.

Con mis mejores deseos.



LAMENTO DE LA PAZ  
AMENAZADA Y  
MENOSCABADA  
EN TODAS PARTES



Si los mortales volvieran el rostro ante mí, me rechazaran y derrocaran, sin mirar mis merecimientos y con desprecio de las ventajas que les ofrezco, deploraría tanto mi ultraje como su injusticia. Pero al derrocarme, alejarían de sí la fuente de toda felicidad humana y atraerían la marea de todas las calamidades. Y entonces tendría que lamentar más su desdicha que mi ultraje, y aunque preferiría limitarme a denigrarlos, me vería obligada a afligirme por su suerte y a compadecerlos.

Quien echa de su lado al amigo muestra ser inhumano; quien vuelve la cara a su benefactor es un ingrato; pero aún más impío es quien desdeña la paz, que merecería todas las alabanzas. Por otra parte, privarse de las excelentes ventajas que conlleva y sustituirlas por la hidra horrorosa que trae todos los males, ¿no parece la mayor locura? Es apropiado indignarse con los malvados, pero, con los afectados de locura, ¿qué otra cosa cabe sino lamentar su desatino? No hay mayor motivo para compadecerlos que ver que no se compadecen de sí mismos, porque no hay

mayor infeliz que quien no percibe su propia infelicidad. El primer paso hacia la curación es conocer la magnitud de la propia enfermedad. La Paz es alabada al unísono por dioses y hombres como fuente, progenitora, nodriza, promotora y tutora de todos los bienes habidos en el cielo y la tierra, y en su ausencia nada florece, ni es sólido, puro, santo o placentero para los hombres, ni agradable a sus superiores. Al contrario, la guerra es como el océano de todas las maldades en la naturaleza, su vicio marchita toda exuberancia, retrasa todo progreso, derriba todo apoyo, destruye todo buen inicio y amarga toda dulzura; en fin, es capaz de contaminar todo sentimiento de caridad y religión, es la mayor desventura humana y la más grande abominación de la divinidad. Así que, en nombre de los dioses inmortales, pregunto quién creerá que son seres humanos y poseen una brizna de sensatez los que se aplican a rechazarme con tantos medios, tanta obstinación, tantas maquinaciones, tantas astucias, tantos afanes, cuidados y peligros, para conseguir a tan carísimo precio semejante cúmulo de males.

Si las fieras me desdennaran de este modo, lo sentiría menos, y culparía a la naturaleza que les

asignó un instinto feroz. Si me aborrecieran animales privados de razón, les perdonaría la ignorancia, porque se les negó la única facultad que permite percibir mis cualidades. ¡Pero se trata de un fenómeno más monstruoso que indigno! La naturaleza produjo un solo animal provisto de razón y capaz de concebir la idea de Dios, una sola criatura destinada a la benevolencia y la concordia, y, sin embargo, me acogen mejor las bestias más fieras que los hombres. Incluso las esferas celestes, cuyos movimientos y fuerzas son diversos, obedecen desde hace siglos a una armonía constante. La fuerza de los elementos que pugnan entre sí los mantiene al menos en un constante equilibrio en medio de tanta discordia. ¿Acaso no existe también entre los miembros de la manada una perfecta armonía? ¿Qué inclinación a protegerse fielmente los unos a los otros! ¿Existe algo más distinto que el cuerpo y el alma? Y sin embargo el resultado de su separación evidencia hasta qué punto la naturaleza las ha unido estrechamente. Y del mismo modo que la vida no es otra cosa que la unión de cuerpo y alma, la salud es el resultado de la armonía de todas las funciones del organismo.

Los animales desprovistos de razón viven en

concordia, como pacíficos ciudadanos agrupados según su especie. Los elefantes se agrupan en manadas, los cerdos en piaras, las ovejas pacen en rebaños, las grullas y los grajos vuelan en bandadas, las cigüeñas, símbolos de la piedad, celebran sus asambleas, y los delfines se protegen y se ayudan mutuamente. En cuanto a las hormigas y las abejas, son bien conocidos el orden y el buen entendimiento que reinan entre tales insectos. No es necesario dar más ejemplos de animales, privados de razón pero no de sensibilidad: también entre los árboles y las plantas es posible ver los signos de una mutua alianza. La vid abraza al olmo, el melocotonero ama la vid. Incluso los organismos desprovistos de sensibilidad parecen apreciar el beneficio de la paz. Aunque carezcan de la facultad de sentir, sí tienen—por el hecho mismo de estar vivos—cierta afinidad con todo aquello que sienten. ¿Qué hay más insensible que una piedra? Sin embargo, diríase también que son la imagen misma de la paz y la armonía. Así atrae el imán al hierro y lo retiene.

¿Y no existe la misma atracción mutua entre las fieras más salvajes? Por feroces que sean, los leones jamás luchan entre ellos, ni el jabalí em-

biste nunca con sus colmillos a otros jabalíes. El lince está en paz con los demás lince, el dragón no se enfurece con los dragones, y la concordia de los lobos es proverbial. Añadiré algo que podrá resultar aún más sorprendente: incluso los espíritus impíos que fueron los primeros en quebrar la paz entre Dios y los hombres, y que no han dejado de hacerlo hasta hoy, forman una alianza y se ponen de acuerdo para protegerla.

Sólo los hombres, a quienes correspondería la mayor unión y quienes más la necesitan, siguen sordos a la voz de la naturaleza, por poderosa y benéfica que se haya probado. No los une ni la educación, ni las incontables ventajas de la concordia, ni siquiera el escarmiento de tantas calamidades causadas por la discordia. No obstante, todo parece propiciar la paz: todos tienen el mismo aspecto pero una voz propia, mientras que las demás especies de animales difieren entre sí según la forma de sus cuerpos. Es más, sólo los hombres disfrutan de la facultad de razonar propia de cada individuo, y sólo a ellos se les concedió el don de la palabra, instrumento de las relaciones amistosas. La naturaleza ha sembrado en cada uno de nosotros la semilla de la virtud y el conocimiento, ha dotado a los individuos de un

carácter amable y apacible, haciéndolos propensos a la benevolencia mutua que les permite disfrutar de beneficiar al prójimo y hacerse amar, y del placer de resultar útiles a los demás, salvo cuando las peores pasiones los corrompen y se convierten, cual víctimas de Circe, en bestias feroces. Sólo la naturaleza humana explica que normalmente llamemos *humano* a todo aquello que obedece a la bondad de unos individuos con otros. A fin de cuentas, la naturaleza nos concedió las lágrimas, prueba incontestable de nuestra sensibilidad: ellas nos llevan a olvidar las ofensas que en ocasiones ofuscan la serenidad de la amistad.

Deberíamos reconocer cuántos medios ha puesto a nuestra disposición la naturaleza para enseñarnos a vivir en paz. No sólo quiso que, por el sólo hecho de la mutua bondad, la amistad nos resulte placentera, sino también necesaria. Por eso repartió los dones corporales e intelectuales de tal modo que nadie los posea hasta el extremo de no necesitar a los demás, por humildes que sean, y dio distintas cualidades a cada cual para que la propia disparidad fuera compensada por medio del intercambio amistoso. Tampoco dotó a las distintas regiones de diversos productos, pues sólo así la necesidad obliga a los hom-

bres al comercio, que también forja amistades. A los demás animales les proporcionó armas naturales de defensa: sólo al hombre lo hizo inerme y débil, para que únicamente pudiera disfrutar de seguridad uniéndose a sus semejantes y pres-tándose ayuda mutua.

Las sociedades son producto de la necesidad, que enseña a la humanidad a unirse para defenderse contra las fieras o los vándalos. Las condiciones de la vida son tales que el hombre jamás podría valerse por sí solo. El género humano habría perecido de origen si desde la creación la unión conyugal no lo hubiera propagado. Y los recién nacidos perecerían en el umbral de la vida si la experta mano de la comadrona y los cuidados de la nodriza no socorrieran al bebé. Con ese fin infundió también en los padres la poderosa e intensa ternura que tanto los hace amar a sus hijos antes incluso de que nazcan. Añadió luego el afecto de los hijos hacia los padres, a quienes cuidarán cuando, con los años, empiecen a padecer enfermedades, como se hace desde antiguo y prueba el término griego ἀντιπελάργωσις.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> ‘Reciprocidad de cigüeña’, o ‘devolver los cuidados recibidos’, como hacen las cigüeñas. El amor y solicitud